



DECLARACION
DEL
EXCELENTISIMO SEÑOR
MARTIN TORRIJOS ESPINO
PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE PANAMA

Debate general del sexagésimo tercer período ordinario de sesiones
de la Asamblea General de las Naciones Unidas

Nueva York, 23 de septiembre de 2008

Señor Presidente

Señor Secretario General

Señores delegados

Mis primeras palabras van dirigidas al presidente del sexagésimo tercer periodo de sesiones de la Asamblea General, mi amigo Miguel D'Escoto. Celebro que la responsabilidad de presidir nuestras deliberaciones haya recaído sobre un distinguido latinoamericano, de amplia trayectoria política y diplomática en su país y en la región.

El Presidente nos ha invitado, y por su trascendencia resulta obligante cumplir con su sugerencia, a que enfoquemos este debate en el impacto de la crisis mundial de alimentos en la pobreza y el hambre en el mundo.

Esta Organización se creó al final de una conflagración mundial para que no hubiera más guerras, para evitar los enfrentamientos armados entre naciones o grupo de naciones. Y aunque no haya podido evitarlas todas, ciertamente ha constituido una fuerza disuasiva que ha evitado guerras que hubieran podido ser aún más devastadoras.

Las naciones del mundo decidieron que sería aquí donde se resolverían los conflictos entre sus miembros.

Ahora le toca actuar en un conflicto que no es entre Estados miembros, sino de todos los Estados contra el hambre y la pobreza.

Resulta difícil explicar por qué si el mundo produce suficiente comida para todos, 854 millones de personas se encuentran en estado de inseguridad alimentaria y más de mil setecientos millones de personas padecen deficiencias de hierro.

En los últimos días hemos visto cómo se destinan cientos de miles de millones de dólares para salvar empresas comerciales, mientras todavía se mira con indiferencia que cada año 5.6 millones de niños menores de cinco años mueren debido a una causa directa o indirecta de malnutrición.

Son 640 cada hora. Eso significa que desde el momento en que iniciamos nuestras deliberaciones esta mañana, han muerto 5 mil niños menores de cinco años.

Ellos no han muerto por actos terroristas que todos reprobamos ni por fenómenos de la naturaleza que todos lamentamos. Murieron por una razón tan simple como trágica: eran pobres.

Esta situación es, sencillamente, insostenible.

Nos comprometimos, como metas del milenio que entre el año 1990 y el año 2015 íbamos a reducir a la mitad las personas que padecen hambre y a la mitad las personas viven con menos de un dólar al día.

¿Cómo se va a poder cumplir con ese objetivo si el precio del arroz ha subido 74% y el trigo 130%?

¿Cómo se va poder cumplir con ese objetivo si más de cien millones de personas que habían escapado de la pobreza extrema corren el peligro de padecer hambre si no se contiene esta espiral en los precios de los alimentos?

¿De qué sirve lograr que más gente viva con más de un dólar diario, si el alza de los alimentos ha variado, de hecho, esa medición de la pobreza extrema?

No quiero insinuar que nada se ha hecho: el Programa Mundial de Alimentos adelanta una formidable labor y los países donantes han hecho aportes extraordinarios para paliar la crisis y llevar alimentos a los países que más les urgen.

La consideración por parte del Consejo de Derechos Humanos, la Conferencia de Alto Nivel sobre Seguridad Alimentaria celebrada en la sede de la FAO, y la Reunión del Equipo de Tareas de Alto Nivel sobre la Crisis Mundial de Seguridad Alimentaria, constituyen expresiones adicionales de la preocupación de los organismos internacionales.

Pero es que estamos ante una realidad que ya ha generado disturbios sociales, y a la que no se le ve una solución inmediata.

Naciones Unidas tiene como misión principal preservar la paz, y la paz no es sólo la ausencia de conflictos armados entre países; la paz se sustenta también en el sosiego de las naciones e implica la remoción de los factores adversos que puedan perturbarlo.

Y como si fuera poco el alza enorme que han tenido los alimentos, ésta se vio agravada por una especulación injustificada que elevó el precio de los combustibles a niveles absurdos.

Ya no se está jugando con las ganancias de las compañías petroleras: se está jugando con el hambre de millones de personas que han visto esfumarse sus esfuerzos y sus esperanzas, sin haberse percatado siquiera de dónde les vino el golpe.

Eso no lleva a la necesidad de que en las reformas tantas veces postergadas de las Naciones Unidas se fortalezca el papel de la Asamblea General para que, como expresión de toda su membresía, pueda actuar con autoridad ante situaciones como las que hoy se viven.

En la Constitución de casi todos los Estados está consagrada la declaratoria de estado de emergencia como mecanismo para conjurar peligros inminentes a la seguridad nacional o la convivencia social.

Estoy convencido, y así quiero expresarlo hoy, que en virtud del precio de los alimentos nos encontramos ante una amenaza a la paz social, y que la Asamblea General así podría declararlo, para que todas las fuerzas gubernamentales, la iniciativa privada y los organismos internacionales se coordinen en una cruzada para salvar a cientos de millones de personas de las garras de la pobreza.

Señor Presidente:

La crisis mundial de alimentos no puede disociarse del cambio climático, como si ambos problemas no guardaran relación alguna entre sí.

El cambio climático ha incidido en periodos de cosecha irregulares que se han traducido en sequías e inundaciones, que han afectado severamente el inventario de alimentos.

Si el problema de la escasez y la carestía de los alimentos hemos de abordarlo integralmente, debemos considerar medidas para mitigar los efectos contaminantes del carbono, ya sea a través de mecanismos de mercado o topes en su producción.

Será imprescindible desarrollar tecnologías más eficientes que sustituyan los combustibles fósiles, como la energía eólica y solar.

Para que la respuesta no sea un paliativo temporal sino una solución duradera y sostenible, es necesario que, sin más dilaciones, abordemos ambos problemas – crisis de alimentos y cambio climático–de manera integral, comprehensiva y coherente.

Sólo así podremos producir, sin más dilaciones, respuestas que no sean paliativos efímeros sino soluciones duraderas y sostenibles.

En efecto cada vez cobran mayor relevancia la forma de relacionarnos con los ecosistemas que sostienen la vida en todo el Planeta y sus implicaciones para la sobrevivencia de nuestra especie y de la civilización.

Es necesario entender que la agenda ambiental del Siglo XXI no puede construirse a partir de la idea de un conflicto entre ambiente y mercado ni entre ambiente y barreras comerciales, sino a partir de las oportunidades que el mercado y el comercio ofrecen para estimular nuevas maneras de encarar los problemas ambientales que nos afectan a todos.

Hoy sabemos que no existe una contradicción insalvable entre conservación y desarrollo, como quizás podía parecerlo cuando las Naciones Unidas convocaron la primera reunión para discutir estos temas, en 1972.

No nos equivoquemos: lo contrario a la conservación no es el desarrollo sino el despilfarro.

La íntima relación que existe entre los problemas ambientales y los que tienen que ver con el desarrollo social y económico permite entender que la mejor manera de fomentar el capital natural es mediante el fomento del capital social.

La única manera de llegar a crear un ambiente distinto es construyendo una sociedad libre de los problemas de la pobreza, del atraso y de la ignorancia, que hoy limitan nuestra capacidad para establecer relaciones armoniosas de todos los sectores sociales entre sí y con su medio natural.

Contamos con los recursos para hacerlo: la tecnología, el conocimiento científico y, sobre todo, el liderazgo político y la capacidad de innovación. Pero sólo podremos lograrlo a través de una gestión ambiental compartida con todos aquellos integrantes de la comunidad global que ya caminan en esa misma dirección.

Señor Presidente:

La comunidad internacional ha registrado complacido que, al otro lado del Pacífico, las tensiones han disminuido, y observa con preocupación que las amenazas a la paz y la seguridad internacionales han aflorado en otras regiones.

Panamá ha hecho conocer sus posiciones en el Consejo de Seguridad, razón por la cual sólo me referiré, como también lo ha sugerido el Presidente, a la necesidad de democratizar esta Organización.

Durante los últimos cuatro años, he escuchado en innumerables intervenciones un clamor general para que Naciones Unidas finalmente adecúe las estructuras que los 50 signatarios de la Carta concibieron hace 60 años, a la realidad de una Organización con 192 países miembros y una situación geopolítica que dista mucho de aquella.

Se ha convertido en un ritual repetido año tras año que Jefes de Estado, cancilleres y embajadores reclamen, sin mucho éxito, una reingeniería de la Organización.

En lo personal, como muestra del compromiso de mi país con Naciones Unidas, por quinta vez en cinco años ocupo esta tribuna para pedir, con la misma vehemencia, voluntad política para implementar las reformas.

Panamá formuló una propuesta que, como todas las demás, no pudo ser consensuada.

No nos aferramos a ella; nos aferramos a la idea de que esta Organización tiene que modernizarse, y pronto.

No podemos permitir que, por la ausencia de acuerdos, terminemos por abandonar el espíritu reformador que hasta ahora nos ha animado.

Propongo, en consecuencia, que acordemos, antes de que termine la década, una reforma transitoria básica, que comience a girar las ruedas de la modernización.

Numerosos casos, en distintas regiones del mundo, así como mi experiencia como gobernante, me permiten asegurarles que pequeñas reformas, aunque al principio parezcan insignificantes, conducen a otras más profundas.

Pero tenemos que empezar por algo.

Señores delegados:

Quiero dejar consignado mi agradecimiento a esta Asamblea General por haber distinguido a mi país como miembro no permanente del Consejo de Seguridad durante los últimos dos años.

Diplomáticos y juristas panameños contribuyeron a la redacción de la Carta de las Naciones Unidas y desde entonces sus representantes han aportado el caudal de sus experiencias para mantener vigentes los principios que la inspiraron.

Tengan la seguridad de que no habremos de descansar hasta que esta Organización, vital para la paz en el mundo y la única esperanza para millones de pobres, tenga por fin una estructura jurídica adecuada para el siglo XXI.